

Castedo: sabio, amigo y patriota

Por William Thayer Artega

Cuando vino el 11 de septiembre, los Castedo residían en Estados Unidos. Al día siguiente o subsiguiente, recibí de ellos un telegrama ofreciéndonos su hogar. No era necesario en mi caso y, por la inversa, algo pude hacer, junto a Jaime Guzmán y al Embajador de España por una joven hija de Leopoldo, que tenía problemas.

Algunas veces los lugares comunes, las frases hechas, cobran valor y significado. Podemos imaginar que ocurrió así cuando hace dos mil años alguien, quizás en un latín antiguo, exclamó, o musitó: 'Una pérdida irreparable', al contemplar como se quemaba, por primera vez, la biblioteca de Alejandría.

Formulo estas reflexiones porque la muerte de Leopoldo Castedo es una pérdida irreparable. Como enseñan los teólogos respecto de los ángeles: Castedo 'agotaba su especie'. Fue singular, único, irrepetible. Pocos chilenos he encontrado tan patriotas como este refugiado español, nacionalizado chileno, que conoció, amó y sirvió a Chile de manera excelente. No pretendo en dos líneas compendiar lo que él nos cuenta, con su gracejo inconfundible, en las 'Memorias de un transtornado', sino satisfacer la necesidad de testimoniar mi afecto y admiración por el intelectual vocacionalmente más inquieto que he conocido. Fue campeón de salto triple, alumno de Unamuno, fabricante de bombas que jamás hizo explotar, pero cuyos efectos sufrió; vendedor de frutas, escribiente de don Francisco Encina y autor, con el visto bueno de su maestro, del fascinante 'Resumen de la Historia de Chile' -un prodigio editorial e iconográfico, infaltable en cualquiera biblioteca chilena-; fotógrafo, cineasta en la epopeya del Ríñihue; cultor, investigador y difusor del arte, la arquitectura y la cultura de Iberoamérica, territorio que recorrió palmo a palmo, y cuyos tesoros fotografió, grabó, clasificó y ordenó, dando origen a un archivo de riqueza incomparable, que alguna vez pude parcialmente admirar; musicólogo, guitarrista, profesor, polígrafo, conversador y amigo. Pero, cosa notable, este emaranado de las marzullas generadas por el barroco español en las tierras del Nuevo Mundo, clavó sus alicios aquí en Chile, donde no iba a hallar en esa materia la herencia cultural que se prodiga en otros pueblos hermanos. Sencillamente Castedo nos quería. El viejo principio filosófico 'No se ama sino lo que se conoce'. Tiene plena aplicación aquí. Aprendió a conocernos con don Pancho Encina, y se prendó de nuestra historia, nuestro pueblo, sus instituciones, sus paisajes y su idiosincrasia. Por eso, y hablemos aquí de 'los Castedo', que cambiaron la gigantesca Universidad de Nueva York y el envidiable hogar de Stony Brook, por una nueva aventura en la entonces pequeña Universidad

Austral, sita a casi 900 kilómetros de Santiago, pero en Valdivia: la del Calle Calle, el terremoto, el Ríñihue y su proeza. Más tarde, me consta, deserbó un jugoso contrato en España, porque le obligaba a decir de Chile lo que no era Chile. Y Castedo, el 'rojo refugiado', para algunos; el intelectual de izquierda, para él mismo, prefirió romper con algunos desbocados de su propio sector, antes que traicionar la verdad histórica.

Cuando vino el 11 de septiembre, los Castedo residían en Estados Unidos. Al día siguiente o subsiguiente, recibí de ellos un telegrama ofreciéndonos su hogar. No era necesario en mi caso y, por la inversa, algo pude hacer, junto a Jaime Guzmán y al Embajador de España por una joven hija de Leopoldo, que tenía problemas. Así más allá de las distancias geográficas o ideológicas, se mantuvo siempre la amistad, ese vínculo del que Castedo hizo un culto y que Tomás de Aquino compara con la Gracia de Dios.

Así era Leopoldo. Así lo recordamos. Parte importante de su legado está inscrito, ilustrado y grabado en libros, filmes, casetes y vídeos. Otra parte ocupa un lugar de preferencia en el recuerdo y el corazón de quienes lo conocimos y tuvimos la oportunidad de atravesar al personaje fabuloso, para llegar a la persona amable y generosa. ¿Cómo va a gozar este imperitente buscador de la Belleza, cuando la enfrenta y posca para siempre, en la paz comprensiva y misericordiosa del Señor en el que -a mi convicción- nunca dejó de creer y algo a tientas buscaba? En esto, Castedo era muy español: su fe sufría las agonías de que habló Unamuno. Además, los avatares de una existencia difícil, andariega y sedadora lo llevaron por los senderos que alguna vez señaló Luchó Oyarrun, al decir en un famoso soneto: 'Entre las causas justas y las causas bellas, preferí siempre las bellas'.

Hombrecito verde [artículo] Delia Domínguez.

Libros y documentos

AUTORÍA

Domínguez, Delia, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1979

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hombrecito verde [artículo] Delia Domínguez.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile